

GLOSARIO DE REVISTAS

La obra de Stephan Zweig

Un lector que desconociendo los secretos tormentosos del arte acabe de dejar, emocionado y vibrante todavía, la lectura de alguna de las novelas de Stephan Zweig—cualquiera de las doce que constituyen el ciclo de *La Cadena*, *Die Kette*—no podrá menos de pensar en el escritor austriaco como en un ser privilegiado a quien la naturaleza concedió, junto a la gracia de una inspiración perenne, la virtud de saber encauzar, sin que se pierda una sola gota, la caudalosa corriente de una prosa, toda luz y frescura matinal, toda adherencia; una prosa dócil a los más imperceptibles movimientos del espíritu y obediente a todos los latidos del corazón.

Pero sabido es que las apariencias engañan. ¡Quién sabe cuánto trabajo, cuántos desvelos ha costado llegar a aquella tersura de la frase, a aquella perfección admirable!

El concienzudo crítico italiano Enrico Rocca decía no ha mucho en una revista literaria de su patria que Zweig había llegado seguramente a esta perfección tras una larga historia de dolores y de luchas, pues sólo se llega a puerto después de dura y peligrosa navegación, y el destino del hombre es cruel en todas y cada una de las conquistas de la humanidad. Al estudiar la obra de Zweig, después de decirnos que éste tuvo un origen acomodado, que nació en 1881, en Viena, en el sereno hogar de una familia burguesa, dice Rocca: «Stephan Zweig se despierta a la vida cuando, es-

tudiante universitario aún, siente vibrar las cuerdas de su lira, conmovidas por el soplo musical y poético que recorre y perfuma, a fines del pasado siglo, la atmósfera de la alegre capital austriaca.

«Es un lujurioso florecer en las orillas del Danubio azul. Hugo von Hoffmannsthal, el canoro efebo, asiste a los triunfos de su musa juvenil; se desvanecen en el aire las exquisiteces líricas de Rainer María Rilke; vagan los rosados fantasmas de Arturo Schnitzler entre nubes de gracia y de ironía, de amargura y de placer; Juan Brahms, recientemente fallecido, ha dejado tras de sí los ecos de su música que se confunden con los concientos de Ferruccio, mientras el mago Juan Strauss convida a la danza y Gustavo Mahler fascina a la juventud, transformando la vida en un perpetuo convite de arte y alegría. Aparece entonces el primer libro de versos de Zweig, *Die frühen Kranze*, en *Tersites*, tragedia apasionada pero desigual en que se vislumbra la influencia de Schnitzler.

«El éxito de este primer libro no hizo perder la cabeza a nuestro poeta. Más que a las Musas que le acariciaban complacientes, vuelve su mirada ambiciosa al mundo y a su diversísimo colorido.

«Impelido entonces por

un ansia irresistible de verlo todo, de conocerlo todo, hombres y cosas y países, traspasa los linderos de su patria, se mezcla con la juventud contemporánea de París, Londres, Florencia, Berlín, Roma, Madrid, Bruselas, visita Escocia, llega hasta los últimos confines de la China, atraviesa mares y océanos, pisa el suelo africano y la América del Norte, se pasea por el Canadá y las orillas del Canal de Panamá, penetra en el interior de Cuba y... ¡cosa increíble pero cierta! de todos estos viajes no saca una sola impresión literaria.

«Más tarde—afirma Rocca—saldrán a luz los frutos de esta larga peregrinación. Como el león que padece junto a la corteza de quinina que ha de curarle o como la gallina que sin ser, a lo que parece, entendida en estudios biológicos, picotea la cal de las paredes para formar la cáscara del huevo, Zweig, el futuro poeta de la vida en su plenitud, busca y halla, en esta inquieta vigilia, los jugos necesarios para fabricar su miel. Inconscientemente, sin darse cuenta de ello, recoge y atesora.

«Pero los comienzos de Zweig tienen algo de extraño por cierto. En vez de dedicarse a cantar sus propios sentimientos, se dedica a ser el portavoz de sentimien-

tos ajenos. Rimbaud, Verlaine, Baudelaire, descubiertos por él en sus largos viajes, adquieren con las traducciones de Zweig derecho de ciudadanía alemana. Incansable en su tarea de mediador poético, da a conocer entre los alemanes a Romain Rolland y luego, impelido hacia Verhaeren, corona su larga y fructífera intimidad con un magnífico volumen de recuerdos (*Enrinerungen an Emile Verhaeren*), trasladando a la lengua de Goethe todas las obras del gran poeta flamenco, en el que encontrará no sólo un eco de su insaciable afán de saber y de sentir, sino la confirmación de una ilusión arraigada en él durante sus viajes, por el roce continuo con espíritus selectos de todos los países del planeta.

«La guerra sorprende a Zweig a los treinta años y como no está de acuerdo con sus ideas aquella lucha fratricida, huye a Suiza, donde se encuentra y traba íntima amistad con Romain Rolland, amistad que se basa, por lo menos, desde el punto de vista ético-político, más en la congruencia que en la afinidad de ideas. Zweig publica entonces, el año 22, una soberbia biografía y crítica de Romain Rolland en el primer volumen de sus *Constructores del Mundo*. A su vez el autor de

Jean-Cristophe da a conocer a Zweig en Francia y escribe su nombre en la primera página de su magistral *Jeu de l'Amour et de la Mort*. Esta mutua obsequiosidad se prolonga: Rolland escribe *Au dessus de la mêlée* y Zweig empieza a componer su *Jeremías*, hermoso poema dramático.

«Después de *Jeremías* vienen la comedia burlesca *Zorrastrón* y la *Leyenda de una vida*, obras que son ya el preludio de su producción de madurez, que se destaca vigorosa a través de los dos ciclos, maravillosamente complementarios, de *La Cadena* (*Die Kette*) y los ensayos contenidos en los tres trípticos de *Los Constructores del Mundo* (*Die Baumeister der Welt*).

«Zweig de aquí en adelante verá la pasión como un fuego que ilumina y que reduce a cenizas, como un terrible reactivo que aclara el espíritu y destruye al mismo tiempo el cuerpo. Alternativamente vencedores o vencidos, todos sus personajes pasan la cortina de fuego del infierno o del purgatorio de la humanidad. Comenzando por los niños de estas historias. Porque la infancia, pintada por el poeta con toda la sutil, inasequible y casi incongruente complejidad de su candor, la vemos en estado de quietud o de

sueño, cogida más bien de improviso, cuando, en los albores de la pubertad, este candor se empaña de agitación, desflorado por el cercano y remotísimo, inquietante y turbador misterio del amor y de la vida.

«Pero no se crea que Zweig se ha dejado influenciar demasiado por las teorías de Freud, que atribuyen valor decisivo al primer despertar subconsciente del erotismo infantil. No. Entre las teorías de Freud y las novelas de Zweig media el abismo que separa toda catalogación esquemática de la ciencia, de la magia reproductiva del arte.

«Pero dejemos los personajes. Zweig es hombre de pasión, que sabe comprender a fondo a los apasionados y mostrarnos que ligazones muchas veces inextricables aunan dentro de nosotros lo inconfesable y lo sublime. *Subversión de los sentidos*, cuento que da nombre al tercer volumen de *La Cadena*, es la relación más escabrosa y púdica que darse puede, y en realidad es una verdadera obra maestra. ¿Quién tendría el valor, como lo ha hecho Zweig, de desentrañar el pavoroso misterio del alma humana? ¿Y quién como él sería capaz de arrancar vibraciones de desgarradora humanidad de la más re-

pugnante y más ingrata de las materias?

«Pero preguntará alguno: entre la múltiple elucubración de Zweig, ¿quién de los dos se lleva la palma? ¿Zweig crítico o Zweig novelista?

«Ricardo Specht, el mejor biógrafo y exégeta de nuestro escritor dice que aprecia en su más alto grado los hermosos poemas que brotan de la realidad, pero declara que no se puede trazar entre la obra crítica y la poética una rígida línea de separación porque sus obras críticas son también poéticas y hay la misma capacidad de penetración y el mismo fecundo entusiasmo en torno a las figuras de la imaginación que a las reales. Sería por lo tanto difícil precisar si el crítico supera al narrador o el narrador al crítico.

«Hay otra cosa—agrega Rocca—: que el crítico y el narrador es también poeta. En su libro *Tres Maestros (Drei Meister)*, jinete de avanzada del ciclo crítico, en el que Balzac, Dickens y Dostoyevski son representados como tres tipos de creadores de epopeya, que en el cosmos de sus novelas han suscitado una segunda realidad al lado de la ya existente, Zweig concluye por darnos el ambiente, el sentido y el valor de aquellas diversas realidades. Su ensayo sobre Dickens tiene el

encanto de un rayo de sol a través de las nubes, la gracia seductora de una página de *David Copperfield* y constituye al mismo tiempo la mejor crítica del gran novelista en quien tan extrañamente se compaginan elementos de suyo antitéticos como el genio y la tradición y a quien sólo el humorismo impide ahogarse en la acomodaticia hipocresía de la época victoriana. Hablando de Balzac sabe Zweig comunicarnos la fiebre de aquel fantasmagórico y pletórico titán monomaniaco, que vió en las fantásticas creaciones de su espíritu todas sus ansias y sus anhelos. Y las incandescentes páginas sobre Dostoyevski son un apasionado e intenso descubrimiento y resurrección de las teorías de aquel coloso, en el que la verdad no está detrás sino frente y en contra de la verosimilitud.

«El último volumen de la serie sorprenderá seguramente por la reunión paradójal de tres nombres: Casanova, Stendhal, Tolstoi, los *Tres poetas de la propia vida* (*Drei Dichter ihres Lebens*), pero marca, como los otros dos volúmenes, un proceso ascensional. Los tres ensayos son tres escalones en la autobiografía verdadera y propiamente dicha, o reflejada en obras de arte, que desde el cieno profundo de la más

grosera animalidad (Casanova), pasando por las fases del espíritu que se contempla, del yo que se hace espectador de su mismo drama y que mide los latidos de su propia pasión (Stendhal), llega con Tolstoi—que se describe confesándose, y confesándose se fustiga—a la esfera del heroísmo moral y divino. Y dicho sea de paso: ni la más hermosa novela apasiona el ánimo tanto como esta vida de Casanova, integral, archisincera, sin prejuicios, convincentísima, que nos describe Zweig. Con Tolstoi entramos en el drama.

«Vemos cómo el pensamiento de la muerte paraliza aquel organismo pletórico de vida y vemos al sublime artista de *La Guerra y la Paz* y de *Ana Karenin* hacerse predicador e iconoclasta. Y es muy lógico que Zweig, poeta de la pasión, se rebele ante el espectáculo de tanta y tan furiosa violencia de Tolstoi contra el arte, contra la belleza, contra su más auténtico y propio ser. Lo que no impide que oiga los anuncios más sublimes del heroísmo, que según él, no consiste en haber realizado los ideales predicados sino en haber sentido la contradicción con la realidad, y en adaptar ésta con aquellos, si quiera sea al final de la terrena jornada.»—X.